

Parece que los príncipes indios poseían, hace pocos siglos, el secreto de domar por completo á los tigres y hasta de adiestrarlos para la caza.

«El khan de Tartaria, dice Marco Polo, tenía en la ciudad conquistada de Cambalu un gran número de leopardos y linceos, con los cuales cazaba. Poseía además muchos leones mayores que los de Babilonia, de pelaje fino y abigarrado, con listas blancas, negras y rojas, y que le servían para cazar jabalíes, bueyes, asnos salvajes, osos, ciervos, corzos y muchos mamíferos.

»Cuando un león da caza á uno de estos animales, la ferocidad y rapidez que despliega son notables en extremo. El khan los transporta encerrados en jaulas que se colocan sobre vehículos, y en compañía de un perrillo, al que se acostumbra fácilmente. Se les tiene así sujetos, porque perseguirían la caza con demasiada furia para ser posible contenerlos; y es preciso hacerlos adelantar en dirección opuesta al viento, pues sin esta precaución, los animales les olfatearían desde lejos, emprendiendo la fuga. El gran khan tiene también águilas que cazan el ciervo, la zorra, el lobo y el gamo; y emplea á menudo en una sola cacería diez mil hombres, quinientos perros y una multitud de halcones. Monta alternativamente diez elefantes, y posee en el bosque una cabaña construida con magnífica madera, cubierta interiormente de paño bordado de oro, y exteriormente de pieles de leones. Sus cazadores, médicos y astrólogos, visten trajes de armiño y de cibelina, cada uno de los cuales cuesta dos mil florines de oro.»

COMBATES.—Los príncipes indios hacen luchar aun en nuestros días á los tigres cautivos con otros poderosos animales, sobre todo con elefantes. Tachard presencié un combate en Siam: en un recinto cerrado por una estacada se introdujeron tres elefantes cuya cabeza estaba protegida por una especie de coraza; hallábase el tigre ya dentro, aunque sujeto por dos cuerdas; y como no pertenecía á la especie mas fuerte, trató de ocultarse á la vista de su enemigo. Este le dió con su trompa algunos golpes en la espalda, y el tigre rodó por tierra, quedando como muerto; mas apenas le hubieron desatado, se puso derecho, lanzó un rugido terrible, y quiso precipitarse sobre la trompa del elefante. El gigantesco animal le recibió en sus colmillos, lanzándole luego con violencia por el aire; á partir de este momento, el tigre no se atrevió ya á intentar otro ataque, corrió á lo largo de la estacada y quiso franquear el recinto. Entonces se obligó á los tres elefantes á que avanzaran contra él, y recibió tantos golpes, que por segunda vez pareció estar muerto. Si no se hubiera puesto fin á la lucha, encolerizados los paquidermos, habrían destrozado probablemente á su enemigo, caso que ocurrió en París cierto día, cuando se quiso obsequiar al embajador persa con una función de este género. Asegúrase que el elefante se vería irremisiblemente perdido, si el tigre consiguiera asegurarle bien por la trompa, mas el gigante sabe tomar perfectamente sus precauciones para resguardar tan precioso órgano. Aunque el elefante salvaje reconoce su propia fuerza, no molesta al tigre en campo raso, y hasta se dice que huye ante él como lo hace el rinoceronte, cuya supuesta amistad con el feroz carnívoro ha sido objeto de tantas fábulas.

Las luchas entre búfalos y tigres ó entre hombres armados de lanzas y tigres, parecen ser una de las diversiones favoritas de los grandes del Asia del sur, sobre todo de los de Java. Eduardo de Martens y Yagor describen casi del mismo modo tal espectáculo.

«La calle, dice el último, estaba llena de compañías de lanceros preparados para un «rompok», ó lucha con tigres. Al otro día por la mañana, el residente inglés y el goberna-

dor, seguidos de todos los europeos presentes, se trasladaron á un pabellón para ver un combate entre un tigre real y un búfalo. En una jaula cilíndrica de bambú de cerca de seis metros de alto, estaba encerrado un búfalo coronado. A una señal dada se abrió la puerta, que daba á otra jaula mas pequeña donde había un tigre, colocada junto á la anterior.

»Todos esperaban con ansia; el tigre no apareció, y solo después de atormentarle largo rato con hachas encendidas, se decidió á pasar de la jaula pequeña á la grande, sin mostrar gran deseo de reñir. Corrió lleno de miedo, describiendo círculos por la jaula, hasta que el búfalo, que le había mirado aparentemente con la indiferencia del que nada tenía que ver con él, le dió un golpe; entonces el tigre trepó amedrentado por las rejas de la jaula. De allí le rechazaron echándole agua hirviendo y cocimientos de pimienta, y pinchándole con lanzas. La gente que se hallaba encima de la jaula incitaba continuamente á ambos animales, hasta que el tigre dió un salto agarrándose con los dientes á la oreja derecha del búfalo y clavando al mismo tiempo las garras en la nuca de su adversario. En vano intentó el búfalo deshacerse de él; rugiendo de dolor le arrastró por el suelo, dando de este modo varias veces la vuelta á la jaula. Al fin el tigre soltó la presa y recibió en seguida varios golpes, tan fuertes, que quedó como muerto.

»El búfalo le olfateó, pero, cuando el tigre intentó morderle de nuevo, descargóle un golpe tan vigoroso que otra vez quedó tendido cuan largo era.

»Los espectadores, sin embargo, no estaban aun satisfechos y empleaban cocimientos de pimienta y otros de mal olor, lanzas y hachas ardientes para incitar á los animales cansados á nueva lucha.

»Todo esto fué en vano; al fin se abrió otra vez la puerta de comunicación, y el tigre, obligado por el fuego á levantarse, se introdujo ágilmente en su jaula.

»A las cinco de la tarde tuvo lugar un rompok en la plaza delante de la casa del gobernador. Esta plaza era cuadrada, y estaba cercada por varias filas de lanceros, en número de mas de dos mil.

»Cerca de la plaza había dos jaulas cubiertas de paja, y una tercera mas alta en forma de tejado.

»Las dos primeras contenían un tigre cada una.

»Una espesa fila de espectadores rodeaba á los lanceros. A una señal dada, se introdujo fuego una jaula; pero el tigre no quiso salir de ningún modo. Era el mismo pobre animal, tan maltratado aquella mañana por el búfalo.

»Ya se temía que se hubiese sofocado ó quemado, cuando al fin apareció andando á reculones.

»Pero apenas hubo echado una mirada á su alrededor, volvió á entrar en la jaula y pasó bastante tiempo antes que saliera otra vez.

»Sin moverse, miraba lleno de miedo en torno suyo para buscar donde esconderse. Se colocó entonces allí la jaula en forma de tejado, llena de hombres armados y por cuyas aberturas asomaban las largas lanzas, que pinchándole, le obligaron por fin á levantarse. Conociéndose la costumbre del animal de correr siempre contra el viento, el lado Este había sido ocupado por mayor número de hombres; esta vez, sin embargo, el tigre cambió de táctica, lanzándose bruscamente contra un sitio, cerca de nuestro pabellón, en que había pocos hombres, y haciendo una tentativa desesperada para romper el círculo. Apenas había llegado al punto donde estaban sus enemigos, cuando cayó, atravesado por veinte lanzas. Entonces se introdujo también fuego en la segunda jaula.

»El valiente animal en ella encerrado salió de un solo salto, se paró, miró á sus contrarios, echó á correr é intentó abrirse un camino por el lado del viento. Rechazado de allí,

hizo algo adelante la misma tentativa, pero los lanceros que se hallaban en aquel puesto, no pudiendo contener su pasión, traspasáronle con sus lanzas.»

Martens completa la descripción de Yagor, diciendo que dos hombres armados solamente con el kris deben abrir las jaulas.

«Es costumbre inalterable que vuelvan á alejarse con paso lento sin mirar atrás y se dice que no hay ejemplo de que hayan sido heridos por el tigre. Esto puede explicarse, porque la fiera abatida por la cautividad no siente deseo alguno de atacar en vista del gran número de hombres, y además le

sorprende la seguridad con que se alejan los dos hombres, que correrían probablemente mas peligro si demostrasen miedo.»

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.—Los antiguos no han conocido al tigre real hasta muy tarde: la Escritura no hace mención de él, y los griegos no nos han dicho tampoco gran cosa. Cierta es que Nearco, el general de Alejandro, vió una piel de tigre, mas no el animal mismo; y solo por los indios supo que era tan grande como un caballo, y que sobrepujaba á todos los otros animales en fuerza y ligereza. Strabon fué el primero que facilitó algunos detalles acerca de este carnívoro.

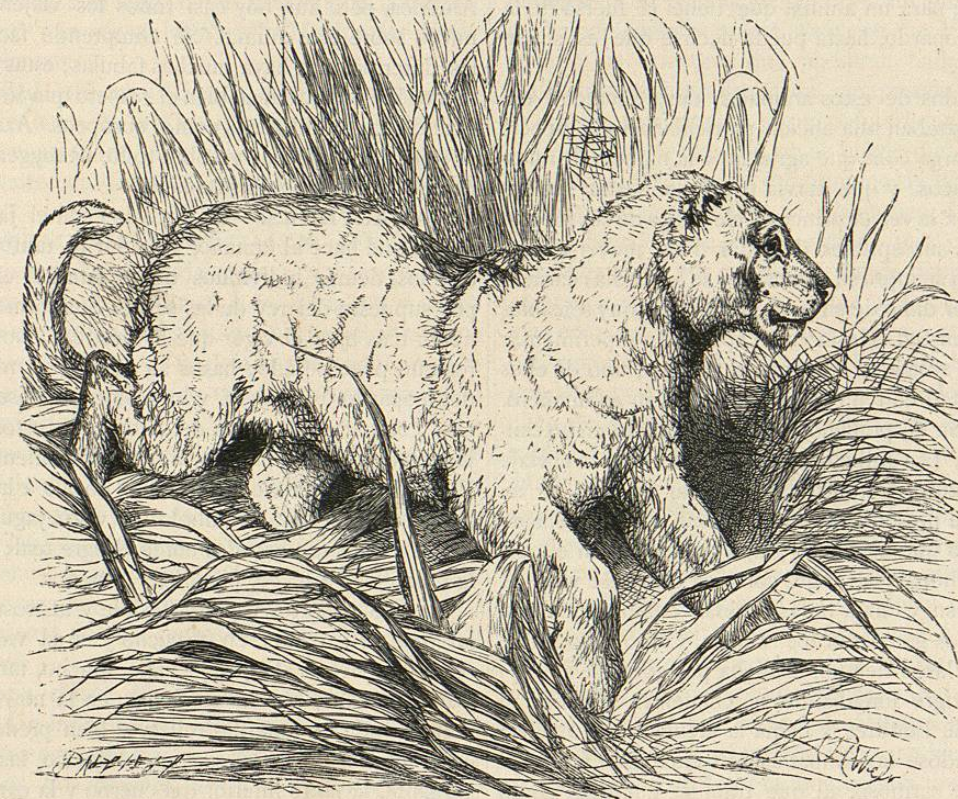


Fig. 125.—EL TIGRE BLANCO

Parece que los romanos ignoraron casi por completo la existencia del tigre antes de la era actual; mas cuando extendieron sus fronteras hasta el imperio de los parthos, estos les entregaron tigres que fueron conducidos á Roma. Plinio dice que Scaraus exhibió el primero en el año 743 de la fundación de aquella ciudad, y que era un tigre domado, encerrado en una jaula. Claudio poseyó cuatro: después se vieron con mas frecuencia estos animales en Roma. Heliogábalo llegó á unirlos á su carro para representar al dios Baco. Por último, Avito hizo matar cinco en una función, cosa que no se había visto antes.

Lo mismo que el león, el tigre no tiene congéneres en el verdadero sentido de la palabra; pues estos, uno de los cuales era el tigre de las cavernas, habitaban la Europa central, pero la especie se extinguió há ya muchos siglos.

EL TIGRE LONGIBANDO — TIGRIS MACROCELIS, NEOFELIS MACROCELIS, F. DIARDII, NEBULOSA, MACROCELOIDES

CARACTERES.—Por su cuerpo prolongado, sus piernas cortas y robustas, su cabeza pequeña y rapada, sus orejas redondeadas, y su pelaje largo y flexible, el tigre longibando (fig. 124), llamado también *rinau-dahau* por los indígenas de

las islas donde habita, se asemeja mas que ningún otro felino al tigre real; pero no solo es de menor tamaño que este último, sino que difiere también por sus piernas, de notable pequeñez, y asimismo por su cola, cuya longitud iguala á la del cuerpo. El color dominante de su pelaje es el gris blanco, que tira á gris ceniza ó gris pardo, y á veces también á rojizo ó amarillo; las partes inferiores ofrecen un reflejo de color de corteza de roble. La cabeza, las piernas y el vientre son listados, con manchas llenas, negras, redondas ó contorneadas; y en ambos lados del cuello se extienden dos fajas longitudinales y regulares, apareciendo en la espalda otras dos parecidas. Sus labios están bordeados de negro, y las orejas son de este mismo color exteriormente, con manchas grises. Dos listas mas estrechas corren por los dos lados de la cabeza; sobre la espalda, los costados y la cola, se observan manchas negras irregulares.

La longitud de su cuerpo llega á un metro; la de la cola es de 0",80.

Este felino escaseaba aun mucho, hace pocos años, tanto en los museos como en los jardines zoológicos, y solo se encuentra aun hoy en algunos grandes establecimientos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Habita el tigre longibando en el reino de Siam, en la isla de Borneo, en la parte sur de la isla de Java, y especialmente en la de Sumatra.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los indígenas de Sumatra, donde abunda más este gato, pretenden que no es nada feroz y que solo se alimenta de pequeños mamíferos y de aves silvestres y de corral, las cuales se hallan a menudo expuestas á sus ataques. Asegúrase que pasa la mayor parte de su vida en los árboles, acechando la presa y persiguiéndola de rama en rama con la agilidad del más consumado trepador. A esta circunstancia debe el nombre de *rinau-dahau* que le han dado los indígenas, nombre que alude á sus costumbres arborícolas.

CAUTIVIDAD.—El *rinau-dahau* es al parecer de un natural tan dulce como puede serlo un individuo de la familia de los gatos; para un animal que tiene la fuerza y la corpulencia del leopardo, hasta puede decirse que es sumamente dócil.

Raffles poseía dos de estos animales, cuya docilidad era extremada: demostraban una afición particular á toda especie de diversion; su larga cola, que agitaban á la manera de nuestros gatos domésticos, y que servía para manifestar sus pasiones, constituía á la vez el principal elemento de sus juegos. Todos los objetos susceptibles de rodar ó de moverse rápidamente llamaban siempre su atención; y se les podía acariciar sin temer el menor daño de su parte, pues eran muy sensibles á la pruebas de amistad. Hasta eran capaces de experimentar afecto hacia otros animales. Durante la travesía, uno de ellos trabó íntima amistad con un perrillo que fué su compañero. Jugaba siempre con él, poniendo especial cuidado en no causarle daño alguno. Las gallinas constituyeron durante el viaje su principal alimento, y nunca dejó de dar pruebas de su destreza cuando le presentaban una. Lanzábase sobre ella de un salto, lo mismo que hacen los gatos, la mordía en el cuello y trataba de chupar la sangre como si estuviese viva. A veces jugaba con su víctima horas enteras como tienen costumbre de jugar los gatos con los ratones, y solo después de haberse divertido largo tiempo, acababa por comérsela.

Un magnífico tigre longibando se encuentra ahora en el jardín zoológico de Londres y llama la atención de muchos curiosos, granjeándose las simpatías de todos. Es un animal magnífico, dócil y cariñoso, al que trata su guardian como podría hacerlo con un viejo gato doméstico. El lobo tigre es el único felino que por su índole se asemeja á él. El longibando que hay en Londres toma las posiciones más singulares, y á veces las más incómodas, sobre una espesa rama que adorna su jaula; cierto día se le vió echado á lo largo sobre otra casi horizontal, con sus cuatro piernas pendientes por ambos lados, cosa que comunmente no suelen hacer sino los leopardos.

EL TIGRE BLANCO—TIGRIS ALBUS

Haremos aquí también mención de otra especie cuyo pelaje es de un color tan claro, que ha dado lugar á que se designe con el nombre de *Tigre blanco* (fig. 125). En la colección de Londres existió un individuo de esta especie en 1820. Su pelaje era de un blanco lechoso, con listas longitudinales; pero tan poco marcadas, que solo eran visibles en ciertas luces. Estos tigres blancos son probablemente albinos, como los hay también entre los faisanes, los cuervos y otros diversos séres; y por lo tanto no podrían clasificarse como una variedad permanente.

LOS LEOPARDOS—LEOPARDUS

CARACTERES.—Los animales más hermosos de la graciosa familia felina son los leopardos, felinos de grande ó regular tamaño. Su pelaje es corto, muy colorado y con man-

chas ceñidas de una orla en forma de anillo; no tienen crin ni borla ó mechones; las orejas son cortas y los hermosos ojos grandes y lucientes, tienen el iris redondo.

Habitaban el antiguo y nuevo continente, y sus usos y costumbres son esencialmente los mismos.

EL JAGUARETÉ—LEOPARDUS ONZA

El más grande y fuerte de este grupo y el más temible del nuevo continente, es el *jaguareté* ó *onza* (fig. 126), (*Felis onza, panthera*).

Era ya conocido por las primeras noticias recibidas de América, pero aun hoy casi todos los viajeros refieren algo nuevo sobre este animal. Se comprende fácilmente que en las descripciones haya muchas fábulas; estas prueban únicamente la fiereza, ó más bien el respeto que le tienen los americanos, tanto indígenas como europeos. Azara, Humboldt, el príncipe de Wied, y sobre todo, Rengger, nos han dado noticias exactas sobre esta fiera.

CARACTERES.—En poco le cede el jaguareté al tigre por lo que hace al tamaño, y es por lo tanto mayor que todos los demás individuos de la familia, excepción hecha por supuesto del rey de las selvas. Sus formas generales denotan más bien el vigor que la destreza, pues el animal parece un poco pesado; hasta su cuerpo es más corto que el del leopardo ó del tigre, y lo mismo se observa en las piernas, comparadas con las del último de estos animales. Un jaguareté que llega á su completo crecimiento, mide, según Rengger, 1^m,45 desde la punta del hocico á la raíz de la cola, la cual tiene 0^m,68. Humboldt ha visto jaguaretés que eran por lo menos tan grandes como el tigre real; su altura, hasta la cruz, llega á 0^m,80, poco más ó menos.

Su pelo es corto, espeso, flexible y lustroso, un poco más largo en la garganta, en el pecho y en el vientre, que en el resto del cuerpo. El pelaje varía mucho, tanto por el color principal como por las manchas; en la mayoría de los individuos es de un amarillo rojizo, si bien predomina el blanco en el interior de las orejas, en el hocico, las mandíbulas, la garganta, la parte inferior del cuerpo y la cara interna de las cuatro piernas. Toda su piel está cubierta de manchas que unas veces son pequeñas, negras, circulares, prolongadas é irregulares; y otras grandes, en forma de anillos ribeteados de rojo y negro con dos puntos de este último color interiormente. Las manchas llenas se observan sobre todo en la cabeza, en el cuello, la parte inferior del vientre y los miembros. Son más raras, más grandes é irregulares en los sitios donde domina el color blanco, que en las demás partes del cuerpo; y forman á menudo rayas trasversales en la cara interior de las piernas. Aparecen igualmente mayores en el cuarto trasero que en el delantero; sobre la parte negra de la cola, es decir, en un tercio de su longitud, á partir de la extremidad, forman tres anillos llenos. En todos los individuos existe siempre invariablemente una mancha negra á cada lado de la boca, y otra, con un punto blanco ó amarillo, en el centro de la parte posterior de la oreja. Las listas irregulares que se separan en las ancas, se unen en la espalda, formando en los costados líneas más ó menos paralelas. No se pueden precisar más estos detalles, porque es difícil hallar dos ó tres pieles que ofrezcan exactamente los mismos dibujos.

La hembra del jaguareté tiene comunmente los colores más claros que el macho, y menos manchas anulares en el cuello y la espalda; si bien son numerosas y pequeñas en los lados.

Una variedad negra es bastante frecuente.

Su pelaje tiene un colorido tan oscuro, que las manchas negras resaltan muy poco. Se atribuye generalmente, según

Hensel, pero sin razón, á estos jaguaretés negros mayor ferocidad.

El nombre *jaguar*, se deriva de la lengua de los guaranis que llaman al animal «jaguareté», es decir, «cuerpo de perro». Los españoles le llaman «tigre» y los portugueses «onza pintada» ó «unza», designándole á menudo los viajeros con esta última denominación.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Su patria se extiende desde Buenos Aires y el Paraguay á través de toda la América meridional hasta México, y aun hasta la parte sudoeste de los Estados Unidos, en la América del Norte. Se le encuentra, no obstante, más á menudo en las regiones templadas de la del Sur, á lo largo de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay; y muy rara vez en los Estados Unidos, de donde le repelen los blancos.

En la actualidad está muy lejos de abundar tanto como en otro tiempo, y hasta es mucho más raro que á fines del siglo último, en cuya época, según Humboldt, se exportaban todavía anualmente con destino á Europa, dos mil pieles de estos animales.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El *jaguareté* habita en las espesuras que bordean los ríos y torrentes, en el lindero de los bosques próximos á los pantanos, y en los países húmedos donde las yerbas y los juncos alcanzan una altura de dos metros. Rara vez se deja ver en campo raso ni en el interior de los bosques, por donde no pasa sino para emigrar de un país á otro.

No tiene vivienda fija ni construye tampoco cubil: se echa en el sitio donde le sorprende la salida del sol, sea en la espesura del bosque ó entre las altas yerbas, pasando allí todo el día. En las grandes estepas, y particularmente en las pampas de Buenos Aires, donde no encuentra bosque, se oculta, según Azara, en las altas yerbas ó en las cavernas subterráneas abiertas por los perros salvajes, que vagan por aquellas regiones.

A veces ocupa chozas abandonadas por los indios para vivir en ellas. «Un indio, refiere Humboldt, al volver á su choza la encontró ocupada por una hembra del jaguareté y sus dos pequeños. Los animales vivían allí varios meses hacia y el propietario no logró expulsarlos, sino después de una larga lucha.»

Elige el crepúsculo vespertino ó el de la mañana para ir á cazar; algunas veces aprovecha también un magnífico claro de luna ó una noche serena, pero nunca sale si esta es tenebrosa, ni caza tampoco en pleno día.

Alimentase de todos los grandes vertebrados de que puede apoderarse, siendo en todos conceptos un animal peligroso. Su marcha parece lenta y pesada cuando no le excita cosa alguna, pero en el caso contrario da pruebas de ser muy ágil; su fuerza es prodigiosa, atendido su tamaño, y no puede compararse sino con la del tigre ó del león. Sus sentidos son delicados y alcanzan notorio desarrollo; sus inquietos ojos, que brillan á veces por la noche, son tan vivos como salvaje su mirada; su vista penetra las tinieblas y solo la deslumbran los rayos del sol. La sutileza del oído suple hasta cierto punto el escaso desarrollo del olfato, merced á lo cual adivina, aun á cierta distancia, la existencia de alguna víctima. La conformación de todo su cuerpo contribuye á que el jaguareté sea una fiera muy peligrosa. Para este animal toda clase de carne es buena. Azara vió en los excrementos de un jaguareté las cerdas de un puercito espin, y al examinar Rengger un estómago del mismo animal, halló pedazos de ratas y agutis, lo cual prueba que el jaguareté caza también animales pequeños. También sorprende las aves de los cañaverales y sabe pescar muy bien.

No cabe duda tampoco que el jaguareté no perdona al

caiman; pero lo que dice Hamilton respecto á esos dos animales no puede ser más que un cuento ridículo, que citaremos aquí, aunque acogiéndolo con la mayor reserva. «El jaguareté y el crocodilo, escribe Hamilton, son dos enemigos mortales que están siempre en guerra: si el primero sorprende al segundo durmiendo sobre los bancos de arena, le coge por debajo de la cola, donde la piel es blanda y vulnerable; y el terror del monstruo es entonces tal, que no piensa ni en la fuga ni en defenderse. Pero si el caiman encuentra á su enemigo en el agua, que es su propio elemento, está de su parte la ventaja, y consigue comunmente ahogar á la fiera, para devorarla después. El jaguareté, que reconoce muy bien su impotencia en el agua, tiene la precaución de lanzar un terrible rugido cuando quiere atravesar un río á nado, á fin de alejar á los caimanes que pudieran hallarse cerca.» No es necesario ser naturalista para comprender cuán inverosímil es semejante narración y para refutarla en seguida.

Como quiera que sea, no se puede dudar, según las observaciones de Humboldt, del príncipe de Wied y de Bates, que el animal come reptiles. «El jaguareté, dice el primero de estos observadores, es el enemigo más cruel de la tortuga Arrua; la sigue por las riberas donde deposita sus huevos, la sorprende en la arena y la voltea á fin de poder devorarla más cómodamente. Como la tortuga no puede ya ponerse en pié, y atendido á que el jaguareté mata muchas más de las que le es posible comer en una noche, los indios se aprovechan de la astucia del animal. Lo cierto es que no se puede menos de admirar la destreza con que este carnívoro, sin más auxilio que su garra, vacía la concha de la tortuga, con la exactitud y delicadeza que pudiera hacerlo el mejor anatómico disecador.» El príncipe de Wied cuenta: «Se encuentran con frecuencia en las grandes selvas escudos huecos de la tortuga de los bosques, y los cazadores brasileños aseguran que las deja así el jaguareté. Obsérvase á menudo que aunque la concha se halle vacía, está intacta sin duda porque el animal se sirvió tan solo de sus garras; al paso que otras veces ha sido rota una parte á dentelladas.»

La narración de Hamilton tiene también algo de verdad. El fidedigno Bates vió en una cacería una reciente huella de jaguareté, cerca de un pantano de agua muy sucia y revuelta, oyéndose en seguida un ruido en las cañas, por entre las cuales se alejaba la fiera. Unos pasos más adelante encontró los restos de un crocodilo devorado, excepto la cabeza, la parte anterior y la piel acorazada. La carne estaba aun fresca y las huellas del jaguareté bien marcadas al rededor del cadáver; no cabía duda por consiguiente que el crocodilo había servido de almuerzo á la onza.

«Un cazador ejercitado, dice Rengger, tiene con frecuencia ocasión de observar á este animal cuando caza, y sobre todo á lo largo de los ríos: allí se le ve deslizarse lentamente y á paso de lobo por las orillas, tratando de sorprender á las marsoplas y las nutrias. De vez en cuando, detiéndose como para escuchar, y explora atentamente los alrededores; pero jamás le he visto seguir la pista de un animal cualquiera, guiándose por el olfato y rasando la tierra con el hocico. Cuando divisa una marsopla, por ejemplo, trata de acercarse con una paciencia y circunspección increíbles; se arrastra como una serpiente; permanece inmóvil durante varios minutos á fin de observar bien el sitio ocupado por la víctima que codicia; y da á veces grandes rodeos para acometerla por el lado donde pueda ser menos visto. Por último, cuando ha llegado á una distancia conveniente sin ser descubierto, precipitase de un salto, rara vez de dos, sobre la ansiada presa; la derriba en tierra; le abre la garganta, y la lleva con la boca á la espesura, agitándose aun en las últimas convulsiones de la agonía. El crujido de las ramas secas que se rompen bajo el peso de